

## El infierno en la tierra: la novelización del narco en *Balas de Plata*

Kenia Aubry Ortegón  
Universidad Autónoma de Campeche, México

### *La otra cara del paraíso*

El narcotráfico se ha extendido a tales grados en México que ya se habla de una *cultura del narco*. La literatura, por supuesto, se halla inmersa en esta narcocultura, de ahí la denominación de *narcoliteratura* o *narconovela* a las obras que refieren a ese tipo de tematización, cuyo marbete es un invento de la prensa y de la mercadotecnia editorial.

La paternidad del subgénero se la han atribuido a Élmer Mendoza. Desde *Un asesino solitario* (1999), el sinaloense ha narrado los asuntos del narco; a esta novela siguieron, entre otras, *Balas de plata* (2008), *La prueba del ácido* (2010) y *Nombre de perro* (2012). A Mendoza también le han colgado el sambenito de oportunista por aprovecharse de un tema que está al día en el mundo mediático, pero el autor se defiende a través de las entrevistas y señala que toda la serie de productos literarios, audiovisuales y artísticos que se dan en torno a la ola de violencia, perpetrada por la guerra contra el narcotráfico, es un movimiento estético que busca rendir testimonio de una época, y los escritores de ficción y no ficción están ahí para dejar su impronta de lo que no es conveniente para la sociedad (Ventura, 2010).

El móvil que detona la diégesis de *Balas de plata* es el asesinato de Bruno Canizales. El detective (y protagonista de la historia) Edgar “el Zurdo” Mendieta es el comisionado para investigar el crimen. Inicia las pesquisas para desentrañar el homicidio y las investigaciones lo conducen hasta el capo Marcelo Valdés y a Samantha, la hija del narco. Edgar recibe un primer atentado por involucrar a Valdés en la muerte de Canizales y pese a ello continúa las indagaciones hasta que recibe la orden de sus superiores de abandonar la investigación. Recibe un segundo atentado por orden del capo, pero él continúa por su propia cuenta las averiguaciones y descubre a la pareja de asesinos, para su sorpresa su amante es una de ellos. Finalmente entrega a los asesinos a Samantha, quien los ejecuta.

El estado de ingobernabilidad de hoy, sobre todo, en el norte y el centro de México, no es problema de un sexenio ni de dos, sino de décadas en que los gobiernos priistas y panistas “abandonaron” las ciudades del norte y la delincuencia se fue empoderando poco a poco. En el libro *Los señores del narco* de Anabel Hernández (2010, p. 12) cuenta que las anécdotas de “*El Chapo* recorriendo las calles de Guadalupe y Calvo [en Chihuahua] custodiado por guardias personales

vestidos de negro se escuchan por doquier. Los pobladores han adoptado el mito del hombre generoso que apadrina bautizos, primeras comuniones y bodas, como si fuera el testigo de Dios”.

*Balas de plata* testifica la deslegitimación del poder y muestra sus actos ignominiosos. Por esta razón, la sintaxis narrativa insiste en que el delito, lo ilícito, forma parte de la cotidianidad mexicana: pasar de policía a sicario o dejarse “untar” la mano (eufemismo del soborno) es lo habitual, como el Chapo Abitia, conocido del agente Mendieta, que ha hecho de la venta de sus orines a los trailereros, para que den negativo en el antidoping, un modo de vida. Otro ejemplo es el próximo yerno de este mismo personaje, el Diablo Urquídez, que abandonó su empleo de judicial para ponerse al servicio del capo Valdés. El detective Mendieta encuentra a Urquídez custodiando la casa de Samantha, la hija de su patrón: “Jefe Mendieta, dichosos los ojos. Mi diablo Urquídez, qué tal, ¿estás bien? [...] oiga, no se va a morir nunca, el sábado estuvimos hablando de usted, mi suegro lo admira mucho [...] dice que se conocen desde morritos [...] ¿no estudia algo Begoña? Sí, pero conmigo para qué quiere escuela, ni a ella ni a su familia le va a faltar nada” Mendoza (2008, p. 240). Abitia aprueba, sin problema ninguno, el “oficio” de su futuro yerno porque el narcotráfico y la corrupción son vistos, en la realidad textual, como una fuente natural de empleo.

Mas esta situación de lo “usual” que narra el autor empírico, aderezado con la ficción, no es menos cierta en la vida cotidiana. La editorial de *El Universal* del 27 de octubre del 2010, titulada *Los niños del narco*, explica que el reportero Alejandro Suverza en 1998 estuvo en contacto con 75 niños de los dos sexos de la Sierra de Sinaloa y dijeron al reportero que soñaban con ser médicos, pilotos, maestros, policías. Doce años después, el periodista vuelve a la Sierra y se encuentra con que la mayoría de “las niñas, ahora mujeres, son madres y amas de casa. Los niños, convertidos en hombres, se dedicaron casi todos a la siembra de mariguana y amapola” Editorial (2010, p. 7). No podía ser de otro modo, si desde 1998 la mayor parte de la población se dedicaba al cultivo de enervantes y, desde entonces, la falta de servicios públicos y las nulas oportunidades siguen siendo las mismas.

Estas situaciones descritas por los periodistas Hernández y Suverza, que también parecen sacadas de la ficción, forman parte de la vida cotidiana. La metáfora de mirar el narcotráfico como si fuera parte de la normalidad, en *Balas de plata* se narrativiza a través de los personajes que no manifiestan asombro por las situaciones que viven en el día a día. Así lo refieren las acciones del Chapo Abitia y el Diablo Urquídez. Como lo refiere también el protagonista del relato, el “Zurdo” Mendieta, que conoce todo el entramado de corrupción del gobierno de Estado y sus relaciones con el narcotráfico; sabe qué individuos, aparentemente ciudadanos de a pie, se dedican al narcotráfico,

como ese amigo suyo, Castelo, “ex compañero de primaria que de la guerrilla urbana pasó a administrar un grupo de sicarios que operaba [...] en todo el país” Mendoza (2008, p. 154); no ignora quienes de sus ex colegas se han ido de sicarios de Valdés y quienes se dejan “untar la mano”. Nuestro protagonista tiene una sola certeza: que no hay solución para lo que ya está descompuesto.

Me cuesta desligar el discurso de Élmer Mendoza del discurso periodístico por las convergencias temáticas. Retomo la editorial de *El Universal*, en ella que se pone de manifiesto que en el caso del narcotráfico la gente no tiene la certeza de quiénes son los buenos: “Hay poblaciones enteras que ven en los narcotraficantes a eficaces proveedores del alimento y la infraestructura que las autoridades han sido incapaces de dar. Culpan sólo parcialmente a los criminales de la violencia, ya que desde hace décadas saben que los gobiernos han pactado con el narco a cambio de dinero y relativa paz” Editorial (2010, p. 7). Élmer Mendoza, en una de las secuencias del relato, noveliza esa extraña confianza del pueblo hacia los narcotraficantes, tal como señala la editorial, pues han sido éstos los que han puesto los recursos básicos que el gobierno les ha negado, la cita proviene del capo Valdés: “Necios, se la pasan criticándonos pero bien que viven de nosotros; hice crecer este lupanar, levanté barrios enteros y creé más fuentes de trabajado que cualquier gobierno; no permitiré que lo olviden; era un rancho polvoriento cuando empecé y miren hasta dónde llega” Mendoza (2008, p. 178).

Ahora bien, la trascendencia del texto que nos ocupa, en relación con el discurso periodístico, es la representación de la inversión de valores dentro la sociocultura mexicana. Quiero decir con esto que la convivencia con el crimen organizado, mueve a los ciudadanos de a pie a tomar una participación activa de la vida social, pero en beneficio de los que fueran sus detractores; así cientos de ciudadanos en el norte (el centro y el sur) del país se dedican al cultivo de las drogas o se afilian a las facciones del narco, porque les reditúa mucho más que cultivar el campo o tener sueldos de ínfimos de obreros o empleados, como se ejemplifica en el texto con el Diablo Urquídez o con Ernesto Ponce, “El Gringo”, otro ex policía que también cruzó la acera para pertenecer a la gente de Valdés. En cuanto a los personajes que representan al colectivo social (los policías y los ciudadanos de a pie) se han envilecido, todas sus posibles pretensiones se resumen en la ambición, han mutado de individuos a *valores de uso* por *valores de cambio*.

La otra propuesta de Élmer Mendoza es la inserción del narcotráfico en los círculos del poder. El autor señala que sus novelas (y estamos de acuerdo) son el testimonio de una época, un país, un sistema de gobierno y un sistema de administración de justicia. De ahí que en el logro de la

fusión entre la ficción y la realidad refiera a una sociedad manipulada por el narcotráfico: Marcelo Valdés no sólo ha construido el pueblo en el que vive, está infiltrado en la vida pública de Culiacán, pero su poder no tiene límites. Uno de los pasajes más representativos sobre su injerencia en la vida del Estado, se manifiesta a través del ingeniero Hildegardo Canizales que ha sido designado por los miembros de su partido como el candidato para las presidenciales; Canizales se entrevista con el capo para recibir su “apoyo” y lo consigue, Mendoza (2008, p. 124-125):

El Capo hizo un gesto afirmativo, comprendía que Canizales era un buen candidato, cuando menos mejor de los que habían llegado en busca de cobijo y superior al que en ese momento andaba en campaña; tal vez valdría la pena arriesgar los dos mil millones de dólares que costaba poner un aspirante en la silla [...] Ingeniero, celebro su pretensión y estoy dispuesto a invertir lo que sea necesario, sólo le voy a poner una condición. Usted manda, don Marcelo, se lo dije y se lo reitero. Quiero que también le entren los banqueros y los iniciativos, porque resulta que nunca arriesgan y siempre llegan por su rebanada cuando el pastel está en su punto y como usted bien sabe no tienen llenadera [...] Le pasaré una lista para que sepa quiénes quiero que participen [...] Hay un punto que me inquieta ingeniero [...] si vamos a buscar la grande, no creo que le beneficie que lo de su hijo esté apareciendo en los medios todos los días. Eso tiene remedio, señor Valdés, no se preocupe, el procurador Bracamontes sueña con un ascenso y sería capaz de cualquier cosa por obtenerlo.

En esta cita, además de la evidente inserción del narcotráfico en la vida política, destacan también dos hechos. El ingeniero Canizales es el padre de Bruno cuyo homicidio es el hilo conductor del relato. Cuando Canizales visita al capo Valdés, la muerte de su hijo tiene apenas unos cuantos días, por pueril que parezca nuestro comentario, la actitud fría y exenta de ética del ingeniero es la metáfora de los hombres que ocupan el poder. El otro hecho está en la actitud del procurador Bracamontes, tan falto de ética como Canizales, capaz de hacer cualquier cosa por conseguir un ascenso. Y, aunque no se menciona en el ejemplo, la misma actitud es la del licenciado Alonso Barraza, subprocurador, que también está a las órdenes de Valdés y no se inmuta al saber que han acribillado a su hijo ilegítimo, su mayor preocupación es que no lo relacionen con Ezequiel Barraza.

En *Los señores del narco*, Anabel Hernández sacó a la luz pública, con documentos

probatorios, los nombres de los funcionarios involucrados con el narcotráfico. Las conclusiones de Hernández complementan el ejemplo del relato que expliqué arriba: “Campesinos casi analfabetas como Caro Quintero, *Don Neto*, *El Azul*, *El Mayo* y *El Chapo* no hubieran llegado muy lejos sin el contubernio de empresarios, políticos y policías, esas personas que todos los días ejercen el poder desde un falso halo de legalidad. Siempre vemos sus rostros no en las fotos de los carteles de los delincuentes más buscados de la PGR, sino en las notas de ocho columnas, en las páginas de negocios y en las revistas de sociales. Todos ellos son *los señores del narco*” Hernández (2010, p. 16).

En el mundo narrado de *Balas de plata* los ciudadanos de a pie conviven con la corrupción y la delincuencia de forma natural, como ya lo destacamos con algunos personajes líneas atrás. Sobran los ejemplos al respecto; por ejemplo César, el nieto del capo, sabe cómo sobornará a su profesora por no haber asistido al colegio y así se lo responde a la amiga de su madre ante su insistencia de que le pondrán una inasistencia: “Claro que no, mi mamá me explicó lo que haremos, mañana *le llevaré un regalo al director y otro a mi maestra y se olvidarán que falté*” Mendoza (2008, p. 221. *Cursivas mías*). El niño es, al mismo tiempo, la revelación de la continuidad del narcotráfico, educado en el cohecho y la prepotencia, por eso repite las palabras que su madre dice al detective: “Mendieta se puso de pie y se largó sin más [...] Alcanzó a escuchar al niño que le gritaba con alegría: *Adiós, basura*” Mendoza (2008, p. 222).

En el relato, las familias de la clase dominante están representadas como extravagantes (compran balas de plata para su entretenimiento o para congraciarse con sus amistades) y con descendencia ociosa, como el matrimonio de Goga Fox y René Villegas que dieron muerte a Bruno Canizales sin más razón que el placer necrófilo. También tienen lugar los ciudadanos que se quejan de los crímenes, pero no tienen voluntad para modificar nada, Mendoza tiene la habilidad de usar metáforas sutilmente cotidianas para ello, como la mujer que exige que acaben con la violencia, pero es incapaz de poner orden en su propia vida: “¿Alguien de su familia vio algo? Nadie, todos tienen el sueño pesado y mi esposo no vino a dormir. No quisiera estar en sus zapatos cuando llegue. ¿Y usted quién es para decir eso?, mire, cabrón, con mi marido no se meta [...] puede llegar cuando quiera y a la hora que quiera, que para eso tiene vieja que lo espere” Mendoza (2008, p. 160-161).

En el año 2010, la revista *Proceso*, de las más antisistémicas de México, publicó una entrevista que Julio Scherer realizó a Ismael “el Mayo” Zambada, uno de los líderes del cártel de

Sinaloa al que pertenece “El Chapo” Guzmán.<sup>1</sup> La entrevista causó escozor social, las “buenas” conciencias consideraron inadmisibles que un intelectual como Scherer mantuviera este nexo con el narcotráfico y lo consideraron una provocación. A mi juicio, el encuentro es de un importante valor histórico por una sola razón: las palabras de Zambada deslegitiman las versiones oficiales sobre el problema del narcotráfico. No fue un escritor, un periodista, un historiador, sino un narcotraficante el que vino a decir de frente a la sociedad el mal del que adolece y señala que el gobierno llegó tarde a esta lucha, que no hay quien pueda resolver en días problemas generados por años. “Infiltrado el gobierno desde abajo, el tiempo hizo su ‘trabajo’ en el corazón del sistema y la corrupción se arraigó en el país. Al presidente [...] lo engañan sus colaboradores [...] le informan de avances, que no se dan [...] El narco está en la sociedad, arraigado como la corrupción” (J. Scherer, entrevista personal, 4 de abril de 2010).

Las palabras de Ismael Zambada vienen a cuento por la degradación social que pone en obra Mendoza. Desde la primera página, Édgar Mendieta ya está modificado por el mundo, ha nacido degradado en un mundo degradado por la miseria, la opresión, la desprofesionalización política y religiosa, la corrupción, la violación a los derechos humanos, la impunidad. Con estas características, el mundo no puede modificarlo positivamente. El protagonista de *Balas de plata* conoce todo el entramado de corrupción y, de cierto modo, su *ser* y su *hacer* reproducen la actitud pasiva del individuo común que se sabe atrapado en un callejón sin salida, no ignora que de empeñarse en esclarecer el crimen de Bruno Canizales a la luz de lo legal como pretendía, atentaba contra su propia existencia, por eso se arriesgó hasta donde pudo después de los dos “avisos” que le hizo Marcelo Valdés y de los que salió ileso: el primero cuando balearon su casa y el segundo cuando tirotearon el vehículo que llevaba blindado. En el entorno laboral y social de Mendieta no hay sitio para la honestidad ni la lealtad.

En esa naturalidad con que se convive en un mundo de ilicitud y violencia, *Balas de plata* representa a la sociedad que se encuentra entre dos polos: una cultura del terror, el infierno en la tierra alentado por “el propio gobierno federal y las bandas criminales, por medio de su grotesca violencia, provoca que el miedo paralice a la sociedad en todos los ámbitos” Anabel Hernández (2010, p. 17). El otro extremo es eso que algunos llaman la *cultura del narco* invasora de nuestro lenguaje, de nuestros medios visuales, de nuestra literatura, que nos está envolviendo en su “lógica” y, por la fuerza de la costumbre, terminaremos quizá por aceptarla ante la falta de políticas públicas

---

<sup>1</sup> El líder del cártel de Sinaloa recién capturado y por el que ciudadanos sinaloenses, de Culiacán y Guamúchil, realizaron una marcha el 26 de febrero de 2014 para evitar su extradición a los Estados Unidos; el culto al personaje es comprensible en la trasposición de valores de la que ya hemos hablado en otro momento.

del Estado para brindar seguridad y bienestar a los ciudadanos.

### ***Novela negra como testimonio***

Philippe Ollé-Laprune escribió en *México: visitar el sueño* que Hispanoamérica (y toda la América Latina) son sociedades que sufren de una falta de puntos de referencia. Perdidas en su propio laberinto necesitan brújulas, verdades y fundamentos, por eso el lugar preponderante de la crónica o la novela que, en repetidas ocasiones, toma las formas de la crónica contra las verdades oficiales, ya que mediante la escritura se intenta desacreditar las creencias sin fundamento (Ollé-Laprune, 2011).

Con toda intención interrelacionamos la novela de Mendoza con el discurso periodístico. Su realismo nos conduce a este ejercicio de *realismo cointencional*, a salir y entrar al texto para entender lo que la obra nos plantea y para comprender cuál es la visión de Mendoza sobre la realidad a partir de la ficción. Que el detective Mendieta se cobre justicia por mano propia responde a las nuevas formas de la novela negra de nuestros días, también llamada *neopolicial*: “el nuevo detective desconfía de la policía, del propio sistema, y de la justicia; por lo que la verdad se sale de las tapas del libro y en vez de entregársela al sistema judicial, su cometido será entregársela al lector, siendo esta quizá su última esperanza de que su verdad, al menos, se sepa” Pizarro Prada, (2012, p. 26).

Es verdad que el escritor sinaloense traza para *Balas de plata* una estructura clásica, y esta novela de género negro se suma a la función cultural de este tipo de relatos en el norte de México. Son discursos depositarios de expectativas e instrumentos de exploración e interpretación social y desarrollan una perspectiva crítica de las instituciones, al tiempo que contienen un muestrario de los males crónicos y temporales del país (Corona, 2005). Por eso, como recientemente lo señaló Berna González Harbour (2014, s/p), la novela negra “es la otra cara del periodismo”.

En el ensayo “Un lugar de encuentro: la lectura trasatlántica de la novela policial en español”, María Pizarro Prada amplía este nuevo concepto de la novela neopolicial para los discursos novelados trasatlánticos. El estudio llega a la conclusión de que este tipo de obra ya no persigue el esclarecimiento de la verdad, sino el cuestionamiento de la misma: “La verdad que al final se esclarece es solo una parte del caso, que siempre está ligado a una verdad relacionada con la corrupción del poder y de la sociedad; y que adivinan lector y detective. Ambos negocian una verdad parcial al final del libro, ambos siguen buscando, creando una comunidad de lectores-investigadores transnacional” Pizarro Prada (2012, p. 24-25).

*Balas de plata* responde a este nuevo paradigma de novela neopolicial del que habla Pizarro Prada. La verdad cuestionada y puesta en duda en la nueva novela negra, no hace otra cosa sino reflejar lo que los gobiernos han creado: la corrupción de las transiciones democráticas o traumas políticos que dan como resultado sociedades alienadas. El detective Mendieta no cree en la justicia y tiene razones de sobra para ser escéptico. Por intereses políticos, el jefe de la policía prohíbe al agente continuar con las pesquisas del homicidio de Bruno Canizales, pero él se empeña en la búsqueda de los asesinos hasta dar con ellos y en vez de entregarlos a la justicia (lo tradicional en la novela policial clásica), los entrega a la hija del narcotraficante Marcelo Valdés para una muerte segura.

La situación del héroe en la novela de Mendoza viene a continuar la aguda percepción de Hegel y agregar otros puntos de vista. La familia, el Estado y la sociedad burguesa continúan como sus antagonistas; a estos adversarios hay que añadir a las clases marginales (que se sirven del narcotráfico y están al servicio de los narcotraficantes), a la clase dominante controlada por los cárteles del narcotráfico y al mundo mediático al servicio de los gobiernos para legitimar su poder, por esta razón su imparcialidad está puesta en duda. Dados los obstáculos con los que se encuentra Edgar Mendieta —en ese mundo que puede calificarse de infernal—<sup>2</sup> sólo puede ser un héroe perdedor e incompleto, pertenece a esa categoría de seres degradados por las fuerzas del mundo exterior que son su principal antagonista.

Reconozco que me complace el final del texto en el que la verdad queda, hasta cierto punto, segmentada. Bajo la orden de no continuar con el caso de Bruno Canizales, el agente no puede demostrar públicamente los hechos. Sin embargo, a los lectores nos parece que, de modo nada convencional y con una justicia falta de probidad, los asesinos reciben el castigo que merecen, en la aplicación del dicho: “Quien a hierro mata, a hierro muere”: “Al día siguiente la ciudad se vio sacudida por la importancia y belleza de los encobijados, y por la saña con que fueron masacrados” Mendoza (2008, p. 253). A pesar de la decepción que le causa al detective descubrir a los asesinos —pues entre ellos se encuentra Goga, la mujer de la que está enamorado— es perceptible que Mendieta está satisfecho de haber llegado, para sí mismo, al fondo de la verdad.

Decía unos párrafos atrás que la novela de Élmer Mendoza, de cierto modo, tiene una estructura clásica: la ejecución del crimen, el inicio de las indagaciones y la reserva de la sorpresa para el final. Con la diferencia de que Mendoza construye su propio método para la labor

<sup>2</sup> *El infierno* (2010) filme dirigido por Luis Estrada, tematiza el problema del narcotráfico en México y coincide con la percepción social de Élmer Mendoza: una sociedad mexicana que se ha envilecido por sus excesos de corrupción e impunidad.



detectivesca: un agente policial que lucha con su estabilidad emocional y acude periódicamente al psicólogo (por sus decepciones amorosas y su trauma de la infancia a causa de las insinuaciones sexuales del padre Bardominos); prescinde de la verdad y su configuración de la justicia es inexistente.

La intencionalidad de *Balas de plata* es abordar las situaciones desde una perspectiva que no puedo calificar de pesimista. La base ideológica está puesta en mostrar un mundo alienado, como resultado de un sistema igualmente alienado, producto del capitalismo y el neoliberalismo que ha procurado el mantenimiento de una oligarquía encargada de generar formas de control social. La narración expone lo que se ha convertido en un sistema de vida, de ahí su aura desesperanzadora y su carácter indeterminado sin principio ni fin: no hay salida para este mundo cuya corrupción se encuentra (tomamos la frase del narcotraficante Ismael “El Mayo” Zambada) en el corazón del sistema (J. Scherer, entrevista personal, 4 de abril de 2010). En este contexto, la narconovela de Mendoza se ajusta a los parámetros de la nueva novela negra: “es la forma de diálogo entre textos que buscan un nuevo relato capaz de explorar la adquisición de conocimiento y verdad, de explorar la realidad inmediata, en contextos sociales críticos” Pizarro Prada (2012, p. 24).

Las metáforas del relato son sutiles, pero contundentes para representar al individuo cuya alienación social ha trastocado su conciencia. En una proyección simbólica inofensivamente cotidiana e incluso intrascendente, en lo aparente, una estudiante de medicina tiene sexo con uno de los agentes policíacos para obtener un beneficio: “[el inspector Mendieta] llamó a Montaña, que se encontraba en un motel con una estudiante de medicina que quería hacer sus prácticas en la Policía” Mendoza (2008, pp. 159-160). A la luz de esta imagen que parece inocua, el autor empírico representa el cohecho como forma de vida hasta en las situaciones más habituales, una muestra de que lo amoral, lo obscuro son las formas para obtener algún provecho por inane que parezca.

Élmer Mendoza no sólo testifica la ingobernabilidad del poder, la corrupción y la impunidad, sino que deja ver también la responsabilidad que a los ciudadanos les corresponde en el desastre social y lo manifiesta desde el epígrafe que toma de Albert Einstein: “La vida es peligrosa, no por los hombres que hacen el mal, sino por los que se sientan a ver qué pasa”. Las palabras del científico se simbolizan en Ger, la doméstica de Mendieta, que siempre piensa en trivialidades y disparates: “Ger se había tomado el día. Por la noche habría un concierto de Luis Miguel y quería estar fresca. Una nunca sabe, me lo puedo encontrar y debo estar atractiva, animosa y dispuesta para el misterio de la vida” Mendoza (2008, p. 195). Si alguna denuncia cabe en *Balas de plata*, habría que indicar que la delación va sobre la sociedad en conjunto o, dicho con una frase del narrador de

*La Virgen de los sicarios*, “Aquí no hay inocentes, todos son culpables” Vallejo (2006, p. 105).

La narconovela de Mendoza testimonia la realidad de nuestros días y su función es altamente significativa en momentos como éste, en el que el periodismo en contextos de periferia está subvertido por los grupos de poder (Arrueta, 2010). El también escritor de narconovelas, Javier Valdez, opina que la narcoliteratura es una necesidad para dar testimonio de un país abatido por la violencia y el narcotráfico (Valdez, 2014). En este sentido, si algo determina la originalidad de *Balas de plata* es que no hay revelación de realidades ocultas: la exposición de los hechos, de las situaciones, de los personajes es un mundo enteramente conocido, una realidad lo más ajustada posible desde un *aquí y un ahora*, como la realidad que narra la prensa imparcial, la crónica o la Historia inmediata, pero sin quedarse en la simple reproducción.

### Referencias bibliográficas

- Arrueta, César (2010) *¿Qué realidad construyen los diarios? Una mirada desde el periodismo en contextos de periferia*. Buenos Aires: La Crujía.
- Corona, I. (2005) “El género negro en el norte de México” *Quimera* 258: 29-32.
- Editorial de *El Universal*. “Los niños del narco” *El Expreso de Campeche*, 27 de octubre de 2010.
- González Harbour, B. (2014, febrero). Berna González Harbour: “La novela negra es la otra cara del periodismo” *El País*. Consultada el 23 de febrero de 2014, [http://cultura.elpais.com/cultura/2014/02/19/actualidad/1392814819\\_188615.html](http://cultura.elpais.com/cultura/2014/02/19/actualidad/1392814819_188615.html)
- Hernández, Anabel (2010) *Los señores del narco*. México: Grijalbo.
- Mendoza, Élmer (2008) *Balas de plata*. México: Tusquets Editores.
- Ollé-Laprune, Philippe (2011) *México: visitar el sueño*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pizarro Prada, M. (2012) “Un lugar de encuentro: la lectura trasatlántica de la novela policial en español” *Ínsula* 787/788: 23-26.
- Scherer, J. (2010) “En la guarida del Mayo Zambada” *Proceso. Semanario de información y análisis* 1744: 6-11.
- Valdez, J. Falta (2014, febrero) Falta escribir la gran novela del ‘narco’ en México. *Milenio.com*. Consultada el 27 de febrero de 2014, [http://www.milenio.com/cultura/Falta-escribir-novela-narco-Mexico\\_0\\_251974930.html](http://www.milenio.com/cultura/Falta-escribir-novela-narco-Mexico_0_251974930.html)
- Vallejo, Fernando (2006) *La virgen de los sicarios*. Madrid: Punto de Lectura.
- Ventura, A. “Élmer Mendoza recrea el universo del delito” *El Expreso de Campeche*, 25 de noviembre de 2010.